

se hizo hombre, porque con tantos afanes procuró instruirnos, y porque murió y satisfizo por nosotros, para que, como él está unido con su padre, nosotros nos uniésemos con su padre por él, para comunicarnos la vida eterna que recibió de su padre, y para que en la celeste mansion todos no compongamos mas que un todo, asociándonos á su perfeccion, su santidad, su inmortalidad, y á todas las delicias de su gloria.

Ve aquí pues en compendio todo el plan del cristianismo. Jesucristo á costa de tantos sacrificios no se contenta con hacernos eternamente felices, sino que aspira á procurarnos los destinos mas excelsos. Desea, pide y muere, porque nuestra felicidad sea la suya; quiere que miserables criaturas se eleven á vivir con su vida, y unirse con ella de manera que por su medio vivan con la vida de Dios, que sean de algun modo como Dios, y se enlacen por su medio con él de tal manera, que todos no formen mas que una unidad de sentimientos, de gozo y de afectos. ¿Quién sino él podía procurarnos dichas tan superiores al barro de nuestro origen? ¿cuándo se ha visto un amor tan intenso y activo que no para hasta identificarse en cierto modo con lo que ama?

Parece que, habiéndolo dicho tanto, no le queda ya que decir; que ya debe estar agotada y satisfecha la efusion de aquella alma amante y generosa; pero no es así: su tierno corazón está tan lleno de esta idea, tanto desea mostrar á sus amigos el exceso de amor con que los ama, que de nuevo vuelve á rogar por ellos á su padre. El amor no sabe acabar, y así repite:

» Padre mio, Dios santo y eternamente adorable, si,  
 » yo deseo que los que me habeis dado vengan adonde  
 » estoy, para que vean mi gloria, y vean como me  
 » habeis amado antes de que existiera el universo;  
 » deseo que todo el resplandor de la grandeza que  
 » poseo en la inmensidad de vuestra gloria, que se  
 » les comunique; que todo el torrente de nuestra fe-  
 » licidad inunde sus corazones; que todo el amor que  
 » me teneis se derrame sobre ellos, y los una conmigo  
 » en la eternidad de nuestra gloria»...

¿Cómo es posible considerar que este discurso ha salido de los labios de un Dios que hablaba de nosotros, sin sentirse el corazón derretido de gratitud y de confusion? Señor, ¿que corazón debía tener el que supo sentir así la fuerza de su amor? No, jamás ha habido un hombre capaz de afectos tan sensibles, tan magnánimos y vigorosos; solo un Dios podía dar á su ternera un carácter tan grande. Los corazones humanos no tienen bastante fuerza para impresiones de tanta energía, ni para deseos de tanta inmensidad: Jesucristo es mas que nuestro hermano, mas que nuestro amigo. ¿Qué pecho dejará de enternecerse, viéndole tanto amor? ¿quién dejará de adorarle, viéndole tanto poder, y tanto deseo de incorporarnos en su gloria? ¿cómo es posible resistir á su Dios, y á un Dios tan amante y tan amable? ¿quién será tan bárbaro y tan insensato que se oponga á su propia dicha?

Jesucristo tiene nuestra alma, nuestros ojos, nuestros órganos, y nuestras entrañas. Para que le amemos se hizo como nosotros, adoptó nuestra na-

turaliza, la unió con la suya divina, y por esta unió la elevó al mas alto grado de grandeza. Adoremos pues la carne de nuestra carne; para amarle no necesitamos mas que amarnos á nosotros mismos. Todo lo que somos, todo lo que está en nosotros, todo lo que circula en nuestras venas nos impele á su amoroso seno, á ese seno que está siempre abierto para recogerlos, y que es mas nuestro que el de la madre en que recibimos nuestra existencia.

¡Ay! señor, es mucha desgracia no existir en el seno de Jesucristo; porque fuera de su abrigo paternal todo es muerte y horror. ¡Qué desdicha considerarse objeto de la indignacion divina! ¡saber que nos espera un torrente de cólera para el día de la venganza! ¡estar espuesto cada instante de nuestra frágil vida á caer de repente en las terribles manos de un Dios justo y vengador! ¡Horrenda cosa es encontrar, en vez de un padre tierno, un Señor irritado y poderoso!

¡Qué perdida la que se hace! *Su reino no acabará jamas*. Reflexionad, señor; estas palabras, *no acabará jamas*, será eterno, no tendrá fin. Despues de todos los millares de siglos que la imaginacion puede concebir no se ha disminuido un instante de su duracion, como si entonces volviera á empezar; cada punto de su existencia es un nuevo principio que se renueva siempre sin cesar para no acabar nunca jamas.

Esta eternidad de gloria es el atributo mas magnífico, el título mas augusto del Cristo de Dios, y

este es el que comunica á todos sus amigos. Cada justo, cada escogido, vos mismo, si quereis, podeis ser tan eternamente dichoso como él es. *Su reino no acabará jamas*. ¡Qué perspectiva! ¡qué esperanza! Mas, ¡ay! ¡que la feroz ceguedad de los insensatos que corren á la eterna desdicha contrista mucho á los que aman al divino Salvador! pero nada los puede consolar cuando ven que tambien van á despeñarse hombres que el cielo ha dotado de un buen entretenimiento y de un honrado corazon.

En fin, señor, con lo poco que os he dicho ya podeis empezar á juzgar si los que creen, adoran y esperan en Jesucristo son tan simples, mentecatos y estópidos como piensan los incrédulos; si, cuando mas se examine la religion cristiana por todos sus lados, no se la ve brillar mas y mas con el caracter de divina; si todo lo que precedió, acompañó y se siguió á la venida de su divino Autor, no comprueba su verdad, y demuestra su certidumbre; si la historia de Jesucristo no se halla escrita de antemano, por una operacion que no puede venir mas que de Dios, en las profecias del libro mas antiguo del mundo, y que está abierto á los ojos de todos, libro igualmente reverenciado por dos pueblos enemigos, entre los que no es posible sospechar conclusion.

Ya podeis juzgar si los Cristianos no pueden decir á los incrédulos lo que en su tiempo les decia Tertuliano: *Abrid y leed, y os veréis forzados á pensar y creer como nosotros: Qui studuerint intelligere cogentur, et credere*; si los Cristianos que han sido con

vencidos por las profecías , por la moral , virtudes , santidad y milagros de Jesucristo y sus apóstoles , no tuvieran razon de decir á Dios , si fuera posible que la verdad no fuese verdad , y que la evidencia dejara de serlo : Señor , si despues de tantas y tan claras pruebas , si despues de milagros tan notorios estamos engañados , tú eres el que nos ha engañado : *Domine , si error , á te decepti sumus.*

Si juzgais pues que los Cristianos tienen suficientes fundamentos para profesar su religion , y que no son insensatos porque adoran á Jesucristo , ¿ qué nombre podréis dar á los incrédulos que le desprecian y le ultrajan ? Yo quiero suponer que esta divina religion no tenga toda la evidencia y claridad que se desea ; pero á lo menos no me podeis negar que presenta títulos respetables , razones que convencen , autoridades y ejemplos que persuaden , en fin que tiene en su favor fundamentos plausibles que deben detener á las personas de buen juicio , y provocarlas á mayor examen.

Yo no necesito de tanto para haceros sentir la temeridad y el peligro de los incrédulos , pues aunque despues de haberos demostrado con tanta evidencia su verdad , vos no querais concederme otra cosa que el mas mínimo grado de probabilidad , este me basta para haceros ver que es monstruosidad , insensatez y frenesí no abrazar una religion que , en caso de ser cierta , los amenaza con eternas desgracias , y los priva de felicidades eternas.

El raciocinio es muy simple. Si el cristianismo es

cierto , el incrédulo será eternamente infeliz ; si no lo es , el Cristiano no aventura nada. El primero arriesga una irrevocable eternidad de miserias , y el segundo no puede perder mas que pocos y frívolos placeres en la corta estension de una vida fugaz y pasagera. En este contraste ¿ quién pudiera dudar de la alternativa ? ¿ cuál de los dos es el insensato y el estólido ? ¿ qué juicio sano no tomará el partido mas seguro ?

Ya veis , señor , que esto es daros mucho de barato , y que despues de las pruebas que os he dado tengo derecho para repetiros que Dios ha hecho cuanto era necesario para convencernos de la divinidad de nuestra religion ; que Jesucristo la probó por todos medios ; que mientras vivió en la tierra multiplicó los milagros para manifestarnos la verdad de su mision ; que despues de su muerte resucitó , y dejó el poder de hacer milagros no solo á sus discípulos inmediatos , sino á sus sucesores , que continuaron gobernando las iglesias que los primeros erigieron. En fin tened presente lo que hemos referido de la vida y conducta de este divino Salvador , y decidme despues si era posible que hiciera mas para mostrarnos su amor y probarnos su divinidad.

Con todo esto , y á pesar de tantas luces , hay hombres mas obstinados que los Judíos ; digo mas obstinados , porque , fuera de las pruebas que estos tuvieron , tienen otras que nos dieron los tiempos posteriores , tales como la verificacion de las profecías que hizo el mismo Jesucristo , los muchos y nuevos milagros que se hi-

cieron despues, y el establecimiento de tantas iglesias con tan dulces medios. Pero nada basta á persuadirlos: el amor de Jesucristo no los mueve, su sacrificio no los interesa, una gloria infinita no los inflama, una eternidad de desgracias no los asusta, y, á pesar de tantas y tan poderosas pruebas que lograron convertir á tantos millares de Gentiles, y pudieron convencer á los Pablos, Justinos, Agustinos, Ambrosios y tantos sábios de ingenio superior, ellos solos le desconocen, le injurian y desprecian.

Pero este Dios lleno de amor y de misericordia, aunque siempre con el rayo en la mano, no solo los sufre, sino que los aguarda y los convida; cada dia los llama, los excita, y les proporciona ocasiones en que puedan instruirse; trabaja con secretos impulsos para que despierten del letargo, y ellos sordos á sus voces, y esclavos de sus miserias y pasiones, no le escuchan, le desdeñan, y son tan ingratos como su Dios es misericordioso y magnánimo.

Pero que se acuerden de que tambien es justo, y que se debe á sí mismo, á su justicia y á la inexorable inflexibilidad de su divina ley, castigar todo delito que no ha sido lavado con la penitencia, y que llegará el dia en que su santidad, á pesar de su infinito amor, se verá como forzada á fulminar el castigo condigno á los que no creyeron sus palabras, y no obedecieron sus preceptos.

Que tengan presente que este mismo divino Salvador que mostró tan incomparable amor á sus discípulos y les prometió una unidad tan íntima en

su gloria, les dijo tambien que no reconoceria delante de su padre á los que no le reconocieran á él delante de los hombres. ¡Dios santo! ¡qué amenaza! ¿Cómo los incrédulos no tiemblan?

En este momento el padre lleno de ardor, con el rostro encendido, y con los ojos que arrojaban llamas, se levanta, y rápidamente se postra por tierra, alza las dos manos al cielo, y derramando un diluvio de lágrimas esclama con vos enternecida: ¡O Jesus! tú que veniste á la tierra para salvar los hombres, ablanda el corazon de los incrédulos, destruye esas pasiones que los ciegan, ilumina la oscuridad de su razon. Bendito seas, porque tienes tantas almas que te reconocen y te adoran; que ellos te sirvan y te imploren por los otros. ¡Dulce Jesus! ¡si los infelices supieran las inefables dulzuras que viertes en los corazones que te adoran! ¡si, Jesus mio, mi único amor, y mi sola esperanza, si yo pudiera con mis adoraciones y sacrificios satisfacer por tantos ingratos! Yo no soy mas que un infame pecador, pero todo mi corazon es tuyo; yo te adoro con todas mis potencias, yo te reconozco por mi Dios, por el Hijo unigénito del eterno Padre, y quisiera.....

Yo me sentia ya muy conmovido con el discurso del padre; pero cuando le ví levantarse arrebatado, y ponerse de rodillas, acabé de trasportarme. La sangre me corria con ímpetu por las venas, mi corazon se batia con violentos latidos, los cabellos se me erizaban, estaba coma fuera de mí. La ternura de su voz, la viveza de sus afectos, y la súbita inundacion

de sus ojos arrancan las lágrimas que yo represaba, y saltan como torrentes de mis ojos; y cuando le oí decir con espresion tan afectuosa: « Si, Jesus, yo te reconozco por mi Dios », con un movimiento indeliberado de que no fui dueño, me arrojé tambien por tierra, y con voz alterada digo, *y yo tambien....*

El padre viendo mi accion, y oyendo mi voz se suspende, y volviendo los ojos á mí con un semblante que mostraba su alegría y su sorpresa me dice: ¡Qué, señor! ¿es verdad?... Yo que estaba casi enagenado no pude responderle; pero él despues, levantando otra vez las manos al cielo, y con voz ya no dolorida sino fervorosa, vuelve á decir, Yo te reconozco omnipotente Dios. ¡O Jesus amable! ¡Dios de misericordia! esta es obra de tus manos. Entonces se pone en pie, viene á mí que me mantenía postrado, me ayuda á levantar, y volvemos á sentarnos.

Empezó á decirme muchas cosas con el fin de persuadirme que la Providencia me habia conducido á aquella casa para hacerme conocer la verdad de la religion; que abriese mi corazón á su luz que queria entrar en él. Me volvió á hablar de la clemencia y de la misericordia de Jesus, y me tuvo otros discursos cuyo objeto era alentarme; pero yo estaba muy fuera de mí para responderle, y menos puedo ahora repetirlos. Apenas pude articular algunas palabras de atencion. Esta escena duró hasta que sonó la campana. Entonces se despidió de mí prometiéndome que vendria al otro dia mas temprano. Me exhortó á que aquella noche levantase mi corazón á Jesucristo, y que le pidiera su luz y su proteccion.

Desde que quedé solo volví los ojos sobre mí para examinar mis propios pensamientos. En el primer momento no pude discernir nada, y no hallé mas que ideas atropelladas y confusas. Por un lado veía claramente que yo habia vivido en error, que mi ignorancia era la causa de que yo no tuviera de la religion la conviccion y respeto que debia, y que era imposible no desengañarse á vista de razones y pruebas tan demostrativas; pero por otro lado me aterraba la dificultad del empeño que iba á tomar, pues me obligaba á una vida que no era capaz de sostener.

A pesar de esta pena sentia como una especie de satisfaccion y desahogo en haber pronunciado aquella palabra. Me parecia que era ventaja haber al fin roto una barrera que no era posible romper sin mucho esfuerzo; que finalmente ya me habia descargado de un peso que me abrumaba, y que quizá, por una falsa y ridícula vergüenza, mi orgullo no hubiera sacudido fácilmente la opresion que me angustiaba. Pero luego venias tú, y mis demas amigos á presentar á mi corazón un obstáculo terrible, porque me figuraba que todos os burlaríais de mí, que me tendríais por un hombre debil que me dejaba seducir por un iluso, y esta idea me acobardaba y detenía.

Pero despues me asaltaban la imaginacion el infeliz estrangero á quien di la muerte con mis manos, y el desdichado Manuel que murió tan súbitamente en medio de sus vicios. Esta memoria hacia temblar hasta las fibras menores de mi cuerpo, porque ya no me podia desentender de esta vida futura que no habia

creído, ó en que por lo menos no habia pensado; de esta cuenta que es menester dar de todas sus acciones, y de estas penas reservadas á los delitos. Si no discernia todo esto todavía con mucha individualidad, á lo menos ya mi alma habia recibido cierta impresion que la espantaba; y es cierto que en aquel momento no hubiera querido por todos los imperios del mundo morir como murieron ellos.

Lo que sobre todo me dejó imágenes muy vivas es la pintura que me hizo el padre de Jesucristo. ¡Qué retrato, Teodoro! ¡qué diferente de la idea que yo tenia! ¡qué diferente de la que podeis tener vosotros, y de la que los filósofos manifiestan! Pero á pesar de mi ignorancia traslucía que el del padre era sin duda mas parecido, porque no estaba pintado ni con los pinceles de la elocuencia, ni con los colores de la pasion. Yo observé que no le dió otro colorido que el de la verdad, y el que únicamente resulta de los hechos mas conocidos de su vida y de sus propias palabras. Pero, ¡qué corazón tan amante y tierno! ¡qué deseo tan inexhausto de nuestra felicidad! ¡qué ardor tan infatigable por nuestro bien! ¡qué desinterés! ¡qué sacrificios! ¡qué virtudes! ¿Y es posible que desconozcamos tanto á un bienhechor tan amante y tan digno de nuestra gratitud?

¿Es posible que esos filósofos que se precian de ilustrados y justos, esos filósofos que en odio del cristianismo, y por deprimir sus virtudes exaltan con énfasis tan exagerado las de los pocos Gentiles que descubrieron algunas buenas cualidades morales,

como las de Tito, Trajano ó Marco Aurelio, hayan procurado oscurecer con la injusticia mas grosera las incomparables y sublimes virtudes de Jesucristo? Porque, Teodoro, no es posible dudarlo; aunque no consideremos á Jesus mas que humanamente, es cierto que la tierra no ha mostrado otro igual, que es el mejor, el mas benéfico y el mas amable de cuantos han honrado la humanidad, y que si no fuera el Verbo de Dios, á quien debemos nuestras adoraciones, como hombre solo mereciera el respeto, la veneracion y el amor del universo.

Esta idea no se apartaba de mi espíritu, y me parece que por la primera vez de mi larga vida, mi corazón se levantaba para ir á buscarle en las alturas del cielo. Yo repetia con sorpresa estas exclamaciones: Jesus, si eres Dios, apiádate de mí, alumbrame mi corazón. Entre estas inquietudes pasé la noche, sin saber lo que haria, sin decidirme á nada; jamas me ví con tanta turbacion. Ahora conozco que la gracia luchaba con mi perversidad, que mi razon conocia la necesidad de rendirse; pero que los vicios que me dominaban oponian una fuerte resistencia. Mañana te continuaré la historia de lo que me pasó al otro dia. A Dios, amigo.

---